



Defensa dels mèrits del doctorand a càrrec del doctor Camilo José Cela Conde

En busca de una palabra

A ninguno de los asistentes se le escapa que estoy aquí, en este día de especial gozo para el claustro de la Universitat de les Illes Balears, cumpliendo una tarea delegada. La persona que debía glosar los méritos del profesor Lledó, y alegrarse en público del reconocimiento que nuestra Universidad le concede al investirlo como doctor honoris causa, era otra. Tampoco ninguno de ustedes ignora quién.

La absurda, injusta y más que prematura desaparición de Alberto Saoner les castiga a ustedes, por añadidura, con mi presencia aquí. Se trata de una jugada sucia, toda vez que el profesor Saoner fue el impulsor de la ceremonia que ahora celebramos y, por encima de tales honores, una de las personas más próximas al profesor Lledó que hayan existido alguna vez. Él habría podido hablarles con conocimiento de causa de la historia académica y personal de un hombre, Emilio Lledó, que si se caracteriza por algo es por su encomiable capacidad para hurtarse a los golpes del destino.

La prudencia más elemental - si dispusiera de algo así- , me debería animar a la huida, pues, ante el compromiso de sustituir a alguien como Alberto Saoner y hacerlo, encima, en un cometido para el que resultaba, como en tantas otras cosas, insustituible. De haber redactado él alguna que otra nota al respecto me hubiera dado pie para convertirme en un simple relator, pero quienes conocieron bien a Alberto saben que eso, él, no lo hacía nunca. Se hubiera limitado a tirar de la memoria, a deshilvanar los recuerdos de tantas aventuras intelectuales que Lledó y Saoner compartieron. Difícil tengo hacer otra cosa que dar fe de que sucedió así, y de que nos quedaremos para siempre con el anhelo de haber oído la recreación del doctorado de Emilio Lledó nada menos que de la boca de otro de los grandes profesores que han prestigiado la universidad española.

Ahora que lo pienso me doy cuenta de que, en realidad, el compromiso en que me he metido no es tan arriesgado, o no lo sería si las palabras sirvieran para lo que se supone que deben servir. En semejante caso, me bastaría con decirles a ustedes que Emilio Lledó es un filósofo. Pero la degradación del lenguaje, su fosilización, que es uno de los asuntos que han preocupado de manera recurrente al profesor Lledó a lo largo de una buena parte de sus reflexiones, me impide utilizar ese recurso. Decir de alguien que es un filósofo resulta hoy incluso ridículo. Habría que remontarse a otra época, a otros usos tanto lingüísticos como sociales para que esa definición cobrase su sentido original. Y de no ser así debería emplear, claro es, otra palabra. Permítanme dar un rodeo hasta llegar a ella y partir de la que ya conocemos, del filósofo como persona que responde a la etimología de ese nombre.

El amor del profesor Lledó por la sabiduría está fuera de toda duda. Me parece que basta para demostrarlo con un simple hecho: el de la carrera universitaria que ha logrado en un país tan exigente en los estudios clásicos como es Alemania. Se me permitirá no referirme siquiera, por decoro, al envés de esa moneda, al agravio que los rencores, las envidias y las conspiraciones de una universidad madrileña que ha vivido, desde luego, tiempos mejores cometieron hurtándole una cátedra allí. Un agravio dirigido, por cierto, a los alumnos, que tuvieron que quedarse con el incompetente de turno como prueba perpetua de lo que un tribunal compuesto por postes de teléfono, en imagen ya histórica utilizada por quien terminó siendo director general de Universidades sin cambiar ni un ápice las reglas del juego, lo que un tribunal así, digo, es capaz de hacer. Pero, ¿qué hago citando honores académicos para justificar otro más ahora? Semejante prueba de razonamiento circular carece de sentido. Volvamos cuanto antes al Lledó que se recordará durante mucho tiempo, al autor de comentarios sobre la filosofía griega que nos transportan al alma de Atenas, al padre de ensayos acerca del lenguaje, o la memoria, o la estética que suponen un *tour de force* para los supuestos especialistas en saberes particulares.

Si tuviésemos que medir los méritos del profesor Lledó con el rasero al uso en tales casos, es decir, con los decímetros con que se ajustan listas interminables de artículos, conferencias, cursos, seminarios y tesis, el curriculum de Lledó bastaría para concederle no uno, sino una docena de doctorados en historia de la filosofía, filología clásica, psicología, antropología, ética, estética y qué sé yo cuántos compartimentos más. Pero quien se fije en tales cosas mejor hará en saltarse el guión de este acto y acudir a cualquiera de los innumerables homenajes que se le han brindado, con gran profusión de fichas bibliográficas, a Emilio Lledó. ¿Me permitirán ustedes sostener, en vez, que Lledó sólo tuvo, en toda su vida, una idea? ¿Me dejarán afirmar que ni siquiera es una idea original? No le hace falta alguna serlo. La idea a la que me refiero figura como trasfondo, claro es, en todos sus escritos, pero la expresa de una manera explícita en *La memoria del Logos*. *La memoria del Logos* es el título de uno de los libros en que Emilio Lledó nos ha llevado de la mano hasta el pensamiento de Platón, para soltarnos luego dentro de él, de sus páginas, con la sensación, falsa desde luego, de que su compañía - la de Emilio Lledó- ya no nos hace falta.

Dice allí el profesor Lledó, leo textualmente: «El puente del lenguaje nos permite transitar a otra orilla, separada de la nuestra por un río en el que, contra el dicho de Heráclito, por mucho que fluya, siempre es la misma agua».

Ya tenemos la respuesta que estábamos buscando. Lledó no es un filósofo: es un viajero. Uno que cruza el puente del lenguaje una y otra vez fijándose hasta en los más minúsculos detalles. ¿Y cómo es ese trayecto por el que todos, con mayor o menor fortuna, acertamos alguna vez a pasar?

Se trata de un paisaje eterno. La misma agua. Idénticos recodos, los mismos remolinos, las mismas yerbas resbaladizas en las que se detiene, por unos momentos, la corriente. Entre la orilla de Platón y la nuestra - lo dice Lledó- corren las mismas preguntas. Pero la simplicidad del mensaje eterno que el viajero Lledó rescata es engañosa. Tan engañosa como la propia agua. Miramos al río y, a menudo, no vemos sino el fondo de piedras lustrosas y la superficie veteada de ondulaciones. El agua, en sí misma, se nos escapa. Fue Wittgenstein quien empleó una metáfora similar para advertirnos de que la mente humana, tan diáfana como el propio aire, no se puede ver: es transparente. Hay que armarse de paciencia, vocación y mucha sabiduría para poder sacar en claro, de las aguas del río perpetuo, las preguntas que nos acosan desde los tiempos de Platón.

En el prólogo a los *Diálogos* publicado hace ya casi veinte años anticipaba Lledó el símil de la corriente de un río al decir que desde la masa del lenguaje se va formando, entre los meandros del diálogo, una pregunta que se expresa en un *¿qué es?* Se trata de la pregunta por excelencia desde los tiempos de Platón, de un interrogante que se reencarna a cada momento en los labios de los niños. «¿Qué es?» resulta una especie de llave de la caja de Pandora que ansiamos abrir sin darnos cuenta de los peligros que entraña la respuesta. ¿Platón se preguntaba acerca de qué es la ley, o qué es lo bello, o qué es la ciencia? Ya que estamos, nosotros podríamos añadir qué es la universidad, o qué es, hoy por hoy y en contraste con los tiempos aristotélicos, la política.

A la alquimia del agua del lenguaje, a sopesar sus calidades y perseguir los infusorios que contiene, ha dedicado Emilio Lledó toda su viajera vida. En esa tarea se ha topado con hallazgos muy hermosos y tan eternos como el río respecto del cual Heráclito se equivocaba. Así, la fórmula mágica que declara que amar es, por encima de cualquier otra cosa, entender. Entender, por ejemplo, que la belleza, la verdad y la justicia son cosas que están más allá del deseo. Leo de nuevo a Lledó, que se mira en las aguas fronterizas de la orilla de Platón:

«En una sociedad sin modelos importantes, sumida en un miserable afán de lucro, mentalizada su juventud con pequeños móviles utilitarios, corrompida la inteligencia por las bajas propuestas de los que luchan para perpetuar la esclavitud, el amor es la fuente que puede lanzar al hombre hacia el otro lado de la realidad».

Lledó - se lo juro a ustedes- está hablando del siglo IV antes de Cristo, de Platón y de sus descubrimientos acerca de la naturaleza humana. No he hecho sino cambiar el tiempo pasado de sus palabras por el presente y, ya ven, el diagnóstico no nos resulta extraño. La razón es muy simple cuando recordamos que el río es eterno y sus corrientes traidoras van a juego. Puede que lo inútil del puente por el que transitamos a menudo nos haga equivocarnos, perder el norte y hablar de la postmodernidad y de otras frivolidades de parecido estilo. También es Lledó quien nos ha recordado, a menudo, que las palabras, al fosilizarse, convierten el lenguaje en una trampa de alquitrán llena de pegajosas muletillas de la que cuesta mucho trabajo desprenderse.

Como ven ustedes, la manera en que Emilio Lledó ha buceado en las aguas del río perpetuo justifica de sobras los honores que ahora se le están concediendo. Pero, ¿por qué otorgarle ahora y aquí un doctorado honoris causa? Sus méritos los exhibe - con ejemplar modestia, por cierto- desde hace tanto tiempo que resulta complicado el encontrar la razón de la oportunidad de este acto.

El de no caer en la impotencia del asno de Buridán podría ser un motivo excelente. Decidirse, romper el *impasse* que ha sido demasiadas veces un refugio eficaz del manfutismo tan mallorquín, tan español, tan humano, es práctica saludable que justifica el enmendar cuanto antes los olvidos históricos. Pero se me ocurre que cabría añadir un argumento nuevo y trágico. En ocasión de la enfermedad de Alberto Saoner, el papeleo que había de llevar a esta ceremonia quedó interrumpido. Todos estábamos demasiado confusos como para dejarle a nuestro cerebro la oportunidad de pensar, porque los pensamientos, en ocasiones así, se encadenan hasta llevarnos a lugares muy oscuros y remotos de la conciencia, allí donde se depositan todas las preguntas que nunca supimos ni siquiera plantearnos. Salir del agujero era una obligación que teníamos con la memoria de Alberto. Hacerlo dignamente, sin recurrir a plañideras, ni expertos en nenias, ni muy floridos técnicos en la alabanza a destiempo, era la única forma de añadir el respeto al recuerdo.

Nadie como Emilio Lledó para celebrar este último viaje en memoria de quien debía haberle acompañado, río arriba, en busca de enigmas, paradojas y desmayos. Escuchen con cuidado las palabras que va a ofrecernos el viajero, el filósofo, el amigo: llaman a engaño. Parecen decir nada acerca de lo que todo dicen. Hablan de conceptos que podrían antojársenos vacíos y están repletos hasta la saciedad de amor y talento. De filosofía antianalítica cabría calificar lo que, a buen seguro, Emilio Lledó nos reserva para esta tarde memorable en la que algunos de los que estamos - yo mismo- no deberíamos estar y quien debería hablarles a ustedes no puede ya hacerlo. Pero el río es eterno. Sus orillas no cambian. Ese es el único mensaje de esperanza cuando ronda el desespero. Lo que Alberto Saoner nos regaló, Emilio Lledó es capaz de devolvérselo envuelto y adornado con el lazo de sus siempre hermosísimos viajes. Permítaseme darle, en nombre de todos, las gracias.